

## HOMENAJE A BORGES\*

*Adolfo Ruiz Díaz*

Hace treinta años, la Universidad Nacional de Cuyo otorgó a Borges el título de doctor **honoris causa**. Fue la primera distinción académica que recibió y, a pesar de las muchas que la siguieron, nunca dejó de destacarla con gratitud. La consideró un desmentido generoso de lo que había supuesto largo tiempo: que había trabajado en la soledad o para unos pocos. Ahora advertía, manifestó, que sus escritos tenían muchos amigos y formaban parte de la vida de lectores que, sin que él lo sospechara, lo habían incitado a componerlos.

La entrega del diploma tuvo un cariz familiar. Se cumplió en la exigua sala del Decanato de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, entonces en la calle Las Heras. No

---

\* Las páginas que siguen recogen con muchas omisiones y algunas adiciones la conferencia pronunciada por mí en el homenaje a Borges que le rindió, en la Facultad de Filosofía y Letras, la Universidad Nacional de Cuyo el 10 de julio de 1986. Casi no he modificado el tono oral de mis palabras. Por la misma razón, prescindiendo de referencias bibliográficas. Baste consignar mi deuda, perceptible en varios pasajes, con el libro Genio y Figura de Jorge Luis Borges, de Alicia Jurado.

hubo discursos. Un párrafo de apertura a cargo del rector, la lectura del acta y, por indicación de las autoridades, un profesor puso en manos de Borges el documento que lo acreditaba como uno de nuestros colegas.

Ahora, en el salón de esta Facultad monumental, tan diferente de aquella de 1956, quisiera deponer cualquier énfasis oratorio y expresar que quien acaba de morir allá en Ginebra seguirá siendo un miembro de nuestros claustros. Alguien que nos ayudará a mantener la continuidad de una tarea más fuerte que los cambios, las penurias, las disidencias y los decaimientos que atraviesan los días.

Todavía no traspasado el umbral, Borges no dejó de preguntar cómo era el lugar del cual saldría, un rato más tarde, con un título que, dijo, lo abrumaba. Lo alegró que la casa criolla -que ya no existe- tuviera un amplio patio al fondo, parecido a los de su niñez. Un patio con baldosas gastadas y desaparejas en cuyas juntas asomaban matitas de hierba, canteros asimétricos y ni siquiera faltaba el rumor de una canilla mal ajustada como el que escuchamos en su poema **Adrogué**:

*"Mi paso busca y halla el esperado  
Umbral. Su oscuro borde la azotea  
Define y en el patio ajedrezado  
La canilla periódica gotea."*

Las diferencias enriquecen y hacen inolvidables las semejanzas. El patio guardaba una sorpresa. Borges elogió, como una maravilla insólita, el esplendor del cerezo que, por contraste, nombraba la cordialidad ausente de la parra.

Borges había llegado a Mendoza esa misma mañana -27 de abril de 1956- acompañado de su madre. Al bajar del tren, le confirmamos que a su derecha se erguía la cordillera y, al pisar el andén, recordó, comentados por uno de sus habituales "¿qué lindo, no?", unos versos de Lugones que cantan las bellezas de la piedra.

Lo esperaba un grupo de escritores que se interesaron por lo que estaba escribiendo. Borges contestó, con el desconcertante humorismo que proviene de la exactitud, que

ya no escribía. Como no veía, dictaba. Se entretenía en componer coplas. La simplicidad de la forma métrica, añadió, le permitía buscarlas sin el auxilio de la escritura y mantenerlas en la memoria hasta que quedaban fijadas en el papel, dóciles para las inevitables correcciones. Eran coplas de deliberada intención anónima. Tan fáciles y tan evidentes que una vez compuestas parecían haber existido desde siempre. Eran de todos y de nadie.

A pedido de sus acompañantes recitó, con un asomo de travesura, una que se le había ocurrido durante la noche, mientras el tren corría rumbo al oeste. No la repetiré ahora. Para desconcierto de los oyentes, la cuarteta se cierra, después de un comienzo elegíaco, con el más prodigado y generalmente gratuito de los insultos argentinos. Para ahorrar cavilaciones, puntualizo que, aunque lo ignoren o no lo perciban los usuarios, es un octosílabo.

Después de dejar a Doña Leonor en el hotel San Martín, Borges -sin muestras de cansancio- pidió que lo llevaramos al Instituto de Literaturas Modernas que, después de varias mudanzas, funcionaba en la calle 9 de Julio. Al atravesar las habitaciones, casi vacías a esa hora próxima al almuerzo, encontramos a dos alumnas. Absortas en la consulta de un fichero (era época de exámenes) no advirtieron nuestra entrada. Una de ellas, hoy profesora de Historia del Arte, se encuentra en el auditorio. La otra siguió su carrera en Estados Unidos y nos visita de cuando en cuando.

Al aviso de que vieran quién estaba allí, se volvieron sobresaltadas y gritaron a dúo: ¡Borges, Borges! Más sobresaltado todavía por la efusión, Borges sólo atinó a decir gracias.

Se inició el diálogo. Ambas lo trataron de profesor y una de ellas, no me acuerdo cuál, se sintió en la obligación de comunicar que, vaya casualidad, justo ese día habían terminado la bolilla que trataba de él. Borges se puso cortésmente a la defensiva. Pidió que no le preguntaran nada acerca de un escritor prescindible. Que se dirigieran a otros mejor informados.

Me he demorado en estos sucesos mínimos porque me gustan las anécdotas y lamentaría que se perdieran las del primer encuentro de Borges con Mendoza. También porque

al agradecer el diploma de doctor **honoris causa** Borges las aprovechó con gracia. Después de reconocer que no sabía que los diplomas se guardaban en tubos de cartón y que esta precaución divertiría mucho a sus sobrinos, reflexionó que lo asombraba la rapidez de su carrera universitaria. Por la mañana, los escritores que habían ido a recibirlo lo habían tratado de maestro. Y él no era maestro. En el Instituto de Literaturas Modernas, dos niñas lo habían ascendido a profesor. Y él no era profesor. Y ahora se encontraba con que, sin lugar a dudas, era doctor. **¡Qué carrera he hecho!, concluyó. Voy a decirles a mis amigos que no pierdan el tiempo estudiando en Buenos Aires y que se vengan sin tardanza a Mendoza.**

La mañana siguiente se celebró el acto público. El teatro Independencia estaba lleno. Borges disertó sobre Yeats y reunió en una imagen tan sobria como emocionante al poeta irlandés con José Hernández. Nos comunicaba en la conjunción de dos destinos una de las convicciones definitorias de su propia vida. Comprender a un escritor significaba, insistió, purificarlo de las contingencias externas tan gratas a los manuales. Las fechas, las distancias, los idiomas son meras apariencias inertes y engañosas si no se las refiere a la misteriosa unidad esencial del hombre.

A la salida le presentaron a una flamante profesora de inglés. Borges deploró que algunos poetas antes famosos y siempre admirables ya no eran leídos. Por ejemplo, no conocía a ningún lector de Robert Browning. Ella, con aplomo, le contestó que sí lo leía y que se contaba entre sus preferidos. No hacía falta más. Borges se olvidó del gentío que lo rodeaba. Lo único importante en el mundo eran Browning y una mendocina capaz de recordarlo. Ambos, frente a frente, en una fervorosa payada, se pusieron a alternar versos y versos. Borges se quedó tan sorprendido que llevó la noticia a Buenos Aires. Durante años no cesó de preguntar a cuanta persona consideraba vinculada a Mendoza si conocía a esa muchacha capaz de recitar a Browning con cariño y una pronunciación perfecta.

El año de su doctorado y el final del precedente marcan, en la trayectoria de Borges, un reconocimiento oficial (bastante tardío) de sus méritos. En 1955 es nombrado Di-

rector de la Biblioteca Nacional, Director del Instituto de Literatura Alemana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y se lo elige miembro de número de la Academia Argentina de Letras. En 1956 recibe el Primer Premio Nacional de Literatura e inicia sus tareas docentes en la facultad mencionada.

La dirección de la Biblioteca Nacional, para él la biblioteca por antonomasia, colmaba una de las aspiraciones profundas de Borges. Era el único cargo que lo había atraído desde muchacho y lo consideraba tan inasequible que formaba parte de sus sueños. Un detalle indignaba a su madre: la cortedad del sueldo -jefe de oficina-, Borges quería instalarse, como Groussac, en el destartalado edificio de la calle México. Doña Leonor Acevedo debió darse por satisfecha con que su hijo desistiera de este propósito que hubiera absorbido varios años de sueldo, pero no logró que gestionara una retribución más digna. Borges argumentaba que era bastante feliz con ser director y que hasta hubiera pagado por serlo. Poder pasearse entre estantes cargados de libros y poblados de sombras ilustres era una retribución inapreciable.

El nombramiento coincide con las fechas en que Borges se queda casi ciego. En esos paseos por los corredores y las salas de la biblioteca, Borges se orientaba como por adivinación y sin dejar de aventurarse por escaleras nada tranquilizadoras.

*"Nadie rebaje a lágrima o reproche  
Esta declaración de la maestría  
De Dios, que con magnífica ironía  
Me dio a la vez los libros y la noche.*

*De esta ciudad de libros hizo dueños  
A unos ojos sin luz, que sólo pueden  
Leer en la biblioteca de los sueños  
Los insensatos párrafos que ceden*

*Las albas a su afán. En vano el día  
Les prodiga sus libros infinitos.*

*Arduos como los arduos manuscritos  
Que perecieron en Alejandría.*

(.....)

*Lento en mi sombra, la penumbra hueca  
Exploro con el báculo indeciso,  
Yo, que me figuraba el Paraíso  
Bajo la especie de una biblioteca.”*

Del largo comentario a que incita este poema sólo destacaré que el **Lento en mi sombra** evoca un hexámetro que Borges incluía entre los mayores aciertos de la literatura. Procede del **Ibant obscuri sola sub nocte per umbras** del libro VI de **La Eneida**.

La alusión a Virgilio no se queda en un hábil recurso retórico. Se funda en un concepto de la tradición que considera falaz la búsqueda de la originalidad absoluta. Ser original no consiste en cancelar o proscribir el pasado. Exige asimilarlo desde la difícil sinceridad de la propia experiencia. La poesía no debe pretender el asombro. Su posibilidad auténtica consiste en renovar siempre lo mismo porque las aparentes reiteraciones adquieren vibraciones inéditas en cada poeta. Las maravillas del pasado persisten en cada voz que las revive.

Este tema de lo idéntico y lo diverso -de notoria raíz presocrática- es elaborado, por ejemplo, en un cuento, **Pierre Menard, autor del Quijote**, interviene en la compleja **Busca de Averroes** y se perfila como doctrina en el **Arte Poética**:

*“Mirar el río hecho de tiempo y agua  
Y recordar que el tiempo es otro río,  
Saber que nos perdemos como el río  
Y que los rostros pasan como el agua.*

*Sentir que la vigilia es otro sueño  
Que sueña no soñar y que la muerte  
Que teme nuestra carne es esa muerte  
De cada noche, que se llama sueño.*

*Ver en el día o en el año un símbolo  
De los días del hombre y de sus años,  
Convertir el ultraje de los años  
En una música, un rumor y un símbolo,*

*Ver en la muerte el sueño, en el ocaso  
Un triste oro, tal es la poesía  
Que es inmortal y pobre. La poesía  
Vuelve como la aurora y el ocaso.  
(.....)"*

Borges era demasiado lúcido para que se le ocultaran los desencuentros, equívocos y antagonismos entre su figura cada día más pública, más regida por los otros, y lo que él sentía ser. Entre el contorno y el fondo esencial o intimidad estricta que no se reduce a procesos psicológicos y que apenas pueden comunicar en situaciones privilegiadas los místicos y los líricos.

Una de las páginas más reveladoras de Borges, más **suyas**, nos describe cómo el Otro, un personaje que también es él, pero no él mismo, se apodera de cuanto hace y dice. Sin embargo, la usurpación no es completa. En los actos y, sobre todo, en la obra se conservan atisbos o signos que permiten vislumbrar a quien está antes, durante y después de cualquiera de sus mundanizaciones.

La página a que me refiero es **Borges y yo**, publicada -la fecha, aquí, no es ociosa-, en 1960 (**El Hacedor**) y poco más tarde recogida en la **Antología Personal**. Recomiendo su lectura y relectura para una tarea que hoy se inicia y que tengo por impostergable. Consiste en lograr la visión realmente actual de un Borges libre de lugares comunes y de admiraciones o repulsas inveteradas.

Al esbozar mi conferencia se me ocurrió organizarla en torno de los poemas que Borges prefiere en el **Prólogo**

de su **Obra Poética** (1977). Al resumir con una madurez deslumbrante su estética, Borges deslinda tres destinos para un libro de versos. Caer en el olvido, no dejar una sola línea, pero sí una imagen del hombre total que lo compuso o, finalmente, dejar unos pocos poemas en las antologías. Si su caso fuera el último, concluye Borges, quisiera perdurar en el **Poema conjetural**, el **Poema de los dones**, **Everness**, **El Golem y Límites**.

Por razones dispares he sido infiel a mi primer proyecto. Entre otras, porque el somero análisis de cualquiera de los poemas citados abarcaría el tiempo de una conferencia. He optado por una solución intermedia. Para cerrar mi improvisación, porque no se trata más que de eso, me asomaré a tres sonetos. Los aproxima una intención común. Continúan e ilustran el problema de la intimidad del escritor recién aludido, esto es, frente al constante peligro de una intimidad encubierta o anulada por la imagen pública. Los tres nos deparan algunos de los instantes que mantienen la nitidez del yo mismo en oposición al configurado por la gente.

El primer soneto se titula **Los Borges**. La casi completa ignorancia acerca de esta rama paterna le permite a Borges reivindicar una vez más en la leyenda una realidad más verdadera que la historia.

El poema rescata un pasado multitudinario donde los antepasados son indiscernibles de la gran aventura portuguesa por tierras y mares. Un pasado, pues, que se articula hasta identificarse en una sola gesta y que encierra, continuándose en ella, el arquetipo heroico de nuestro pasado sudamericano:

*“Nada o muy poco sé de mis mayores  
Portugueses, los Borges: vaga gente  
Que prosigue en mi carne, oscuramente,  
Sus hábitos, rigores y temores.  
Tenues como si nunca hubieran sido  
Y ajenos a los trámites del arte,  
Indesciframente forman parte*



*Del tiempo, de la tierra y del olvido.  
Mejor así. Cumplida la faena,  
Son Portugal, son la famosa gente  
Que forzó las murallas del Oriente  
Y se dio al mar y al otro mar de arena.  
Son el rey que en el místico desierto  
Se perdió y el que jura que no ha muerto.”*

El rey que aluden los pareados finales -de acuerdo con la métrica inglesa frecuente en los sonetos de Borges- es Don Sebastián. Rey niño, sobrino de Felipe II, se obsesionó con imitar la gloria de los cruzados. Con veinticuatro años apenas, se internó en Africa sin planes y con un ejército desordenado. El 4 de agosto de 1578 batalló contra Abdel Malek en Alcazarquivir. Junto con el rey soñador pereció la flor de la joven nobleza. Acerca de la suerte del rey corrieron versiones inciertas y dispares. Sus compatriotas, que ya habían visto en él un predestinado, erigieron a Don Sebastián en una esperanza salvadora. Para el pueblo, el monarca no había muerto y volvería para acabar con los males de la patria. No faltaron quienes pretendieron la identidad de Sebastián y alegaron derechos al trono. El más famoso de los impostores fue Gabriel Espinosa, el pastelero de Madrigal. Acabó ahorcado y descuartizado. Zorrilla, con impetuosa fantasía romántica, llevó al teatro este triste y controvertido episodio.

Borges, por consiguiente, es un apellido portugués y quienes lo pronunciaban o pronuncian Boryes aciertan. El Borges, por otra parte, es un hotel tradicional de Lisboa. Eça de Queiros lo ha elegido como escenario para muchos pasajes de **La Capital**. No he recordado a Eça de Queiros por fácil adorno erudito. El gran novelista fue uno de los favoritos, junto con Dickens, de doña Leonor Acevedo quien transmitió esta admiración a su hijo.

Entre los Borges más próximos, el primero que se afincó en América se llamó Francisco de Borges (1782-1837). Teniente, nacido en Portugal, casó con María del Carmen Lafinur, oriunda de Córdoba. Continuó la línea otro Francisco, nacido en Montevideo (1832-1874). Su nieto lo ha retra-

tado, en un crepúsculo de la llanura oriental, encaminándose a la muerte de poncho y en su caballo blanco.

Jorge Luis Borges nació en el centro, en casa de su abuela materna, Leonor Suárez, la hija del héroe de Junín. Un Buenos Aires cosmopolita, ya ruidoso por el trote de los caballos y las bocinas de los primeros automóviles. Fue ochomesino y el médico, quizá con reminiscencias del **Corpus** hipocrático, aseguró que los chicos que llegan al mundo con un mes de anticipación son con frecuencia hombres de talento. Añado para los aficionados a estas chucherías que su signo fue Virgo.

A los dos años la familia se mudó al barrio de Borges por excelencia: Palermo. Un barrio que dejaba rápidamente de ser suburbio aunque con toques arrabaleros, todavía retirado del centro, como se decía entonces, y donde Georgie empezó a descubrir y gustar las supervivencias de las orillas.

La residencia, amplia y, para la cronología porteña, antigua, respondía a la planta romana que los españoles trajeron a América. Aunque con modernizaciones feas y sin jardín, duraba todavía sin cambio de número a principios de la década del sesenta. Ignoro, posiblemente por mi antipatía a las demoliciones, si estos restos se conservan en Serrano 2135. Ojalá que hayan escapado a las rachas destructivas que en deplorable retorno nos atacan a los argentinos. Somos nostálgicos, cantores convictos y confesos del pasado, pero no nos tomamos el trabajo de conservarlo.

Una casa con sólidos muebles de caoba que venían de los antepasados, paredes historiadas con daguerrotipos, fotografías un poco descoloridas y algunos óleos, probablemente sin pretensiones artísticas. Y una buena biblioteca. Además del jardín con un molino que la enaltecía en el barrio, la casa ofrecía dos patios y una parra.

En la biblioteca, desde muy pronto, el chico -de constitución frágil- descubrió que los libros eran un juego tan divertido o más que las escondidas o que las visitas al zoológico donde lo fascinaban los tigres.

Hay poemas predestinados a las antologías. Entre ellos la **Fundación mitológica de Buenos Aires** (1929). Posterior-

mente, mítica ha sustituido a mitológica, tal vez con mayor propiedad léxica. A mí, sin entrar en discusiones, me sigue gustando más el título viejo. La variante me resulta un poco contaminada de escolarismo. En el poema, una intuición seguramente infantil y nada rara se concreta en un símbolo. La manzana donde vivían los Borges se identifica con Buenos Aires y logra una ejemplaridad indestructible. Una dimensión cósmica, diríamos, que interpretada a la luz de la obra entera de Borges, insinúa que en cada uno de sus espacios, en cada una de las cosas que lo integran, gravita y se refleja el universo:

*Una manzana entera, pero en mitá del campo  
Expuesta a las auroras y lluvias y sudestadas  
La manzana pareja que persiste en mi barrio:  
Guatemala, Serrano, Paraguay, Gurruchaga."*

Más detallado, más doméstico es otro poema más o menos coetáneo. Lleva el escrupuloso título de **Fluencia natural del recuerdo** y, vaya uno a averiguar por qué, ha sido desterrado de las **Obras Completas**:

*"Palmera la más alta de aquel cielo  
v conventillo de gorriones;  
parra firmamental de uva negra,  
los días de verano dormían a tu sombra.  
Molino colorado:  
remota rueda laboriosa en el viento,  
honor de nuestra casa, pues a las otras  
iba el río bajo la campanita del aguatero."*

La precoz iniciación literaria se debió, de manera decisiva, a la guía paterna. Don Jorge Guillermo Borges, abogado que ejerció poco y nada, pensaba que su hijo sería el escritor que él consideraba una ilusión perdida. No le faltaban ni vocación ni dotes. Cordial y distante, según lo ha

calificado Carlos Mastronardi, fue el primer traductor al español de **Rubayat** de Omar Kayyan y profesor de psicología, en inglés, en la Escuela de Lenguas Vivas. Sus poetas predilectos, Swinburne y Keats, casi seguramente le fueron leídos a Borges por su padre antes de que él fuera capaz de leerlos. Don Jorge tenía un afinado sentido del humor y ennoblecía lo bueno y lo malo de cada día con una sonrisa. Fue, sin duda, quien transmitió al hijo una medida de criollo de buena ley, un estoicismo sin alardes.

Lo más valioso que aprendió Borges al lado de su padre fue una norma de conducta. La obra de Borges no se explica sin ella. Una ética basada más en el ejemplo que en los preceptos, pero que cuando se formulaba en palabras adquiría el vigor de un voto inquebrantable. Borges nunca olvidó que los hombres no lloran, que no se quejan y que hay que hacer honor al nombre que se lleva.

Si me pusieran en el trance maligno de quedarme con un solo poema de Borges, yo elegiría **La lluvia**. Imposible justificar esta clase de elecciones. No se trata de una estimación crítica. Jamás sostendré, ni a solas conmigo mismo, que es el mejor poema de Borges o que constituye un acontecimiento en la historia de la literatura o de su literatura. Lo que me atrajo desde la primera lectura fue, más bien, para resumirlo de algún modo, la negativa serena a acatar la ausencia de un ser querido. Entrevemos una de las constantes fundamentales de una vida. En **La lluvia** no sólo hay un transcurso del tiempo interior a la sucesión de los versos. Es un tiempo que recupera pasados en nosotros.

Conozco en este orden muy pocos ejemplos equiparables. Aunque temo que la equiparación hubiera molestado a Borges, **La lluvia** linda en mi memoria con otro soneto de Antonio Machado. Aquel que empieza con **Esta luz de Sevilla... Es el palacio / donde nací, con su rumor de fuente**

*“Bruscamente la tarde se ha aclarado  
Porque ya cae la lluvia minuciosa.  
Cae o cayó. La lluvia es una cosa  
Que sin duda sucede en el pasado.*

*Quien la oye caer ha recobrado  
El tiempo en que la suerte venturosa  
Le reveló una flor llamada rosa  
Y el curioso color del colorado.*

*Esta lluvia que ciega los cristales  
Alegrará en perdidos arrabales  
Las negras uvas de una parra en cierto*

*Patio que ya no existe. La mojada  
Tarde me trae la voz, la voz deseada,  
De mi padre que vuelve y que no ha muerto."*

Hay objetos que a fuerza de acompañarnos dejan, como nuestro cuerpo, de pertenecer al contorno y nos representan ante los demás y aun ante nosotros mismos. Para quienes nos frecuentan resultamos extraños sin ellos y, cuando nos faltan, nos dejan desamparados. Nos mortifica la posibilidad de perderlos y nos enoja su tendencia a ocultarse. Casi nunca están donde suponíamos haberlos dejado y para colmar su perfidia o perfeccionar la broma, reaparecen en el sitio habitual con el aire inocente de quien ignora nuestras angustias.

En un reportaje, en uno de los incontables reportajes que dan y darán larga ocupación a los recopiladores, Borges enumeró y describió los objetos que en la vejez formaban parte de su persona. Rememoró muchos para confesar, con un dejo tristón, que, con excepción de los libros, se había ido desprendiendo de la mayoría, aunque siempre lo acompañaban el bastón, tan difundido por las revistas y los televisores, y un reloj de bolsillo. Completa la trilogía un globo terráqueo.

Detalló el bastón con amistoso cuidado. Construido de una sola pieza, el mango largo le permitía apoyar toda la mano. El reloj de bolsillo fue un regalo de Adolfo Bioy, el padre de Bioy Casares, al iniciar Borges, en los años cuarenta, su carrera de conferenciante. Grande, le permitía, en aquella época, ver los números. Además, coincidía con

la idea que tenía su dueño de los relojes: Redondo, con números romanos y no rectangular como los hacen ahora.

El globo terráqueo había sido de José Ingenieros. Antes me gustaban los atlas y los mapas, pero ahora que no puedo ver han perdido importancia: yo vivo en un mundo casi sin objetos, en una oscuridad perfecta. Reconozco a la gente por la voz o por el ámbito en que se encuentra la voz.

El último de los sonetos anunciados cobra hoy una resonancia dolorosa. Esas cosas ya no son de Borges: fueron tuyas. No obstante, nos traen una ilusión o una esperanza. Incomparablemente más que en la enumeración del reportaje, volvemos a escuchar a Borges y nos ilusiona con una compañía que no nos decepcionará nunca. Como en otros mediodías o en otras tardes de Buenos Aires, de Córdoba o de Mendoza vuelvo a caminar a su lado, nos sentamos en cualquier parte que nos depara el azar de un paseo capaz de llevarnos a través del tiempo.

*“El bastón, las monedas, el llavero,  
La dócil cerradura, las tardías  
Notas que no leerán los pocos días  
Que me quedan, los naipes y el tablero,  
Un libro y en sus páginas la ajada  
Violeta, monumento de una tarde  
Sin duda inolvidable y ya olvidada,  
El rojo espejo occidental en que arde  
Una ilusoria aurora. ¡Cuántas cosas,  
Limas, umbrales, atlas, copas, clavos,  
Nos sirven como tácticos esclavos,  
Ciegas y extrañamente sigilosas!  
Durarán más allá de nuestro olvido;  
No sabrán nunca que nos hemos ido.”*

Una milonga de Borges evoca la estampa de Nicanor Paredes, el caudillo electoral de un Palermo peleador y guitarrero pronto a ingresar en las verdades de la leyenda o a perderse en los papeles amarillentos de **sórdidas noticias policiales**. La milonga insinúa que los infinitos cambios del universo implican tanto la aniquilación como el retorno

de las fugacidades que lo componen. Pero cada hombre que muere se lleva con él una riqueza irrecuperable.

*“Ahora está muerto y con él  
Cuánta memoria se apaga  
(.....)”*

Nada más verídico, pienso, puede decirse ahora de Borges enterrado en Ginebra. Nadie, entre los escritores de nuestra época, ha intuido, razonado y expresado mejor sus vértigos, sus astucias, sus cordialidades, sus enigmas, sus horrores. En esta virtud iluminadora se han reconocido miles de lectores del disperso, atropellado y caviloso siglo XX alentados por la esperanza, consciente o no, de un encuentro con lo humano allí donde los pasados y los futuros convergen. Quizá también por eso sea Borges un escritor tan universal como profunda, caudalosa y, claro que sí, contradictoriamente argentino.